T50

Caravana balcánica

Puesto que a ambos nos indisponía que su tío morase en el calabozo de la fortaleza que era nuestro hogar, Jimin y yo decidimos comisionar a un hábil ebanista gitano para que nos hiciese una bellísima carreta de madera tallada en la que viajamos al vecino Reino de Rumania en compañía de El y Yuh-jung, seguidos a corta distancia por las carretas de los Min, la última de las cuales arrastraba un rústico compartimiento enrejado en el que nuestro prisionero dormía el imperturbable sueño de un hechizo strigoi. Nos desplazábamos hacia las montañas del diablo, lugar de nacimiento de Jimin, al tanto que los gitanos tocaban sus instrumentos y entonaban cánticos disonantes de los cuales las altas cumbres que se elevaban ante nosotros retornaban el eco, sumiéndonos en el bucólico sopor del atardecer de los Balcanes. Los bosques de Valaquia eran realmente los más hermosos del mundo, oscuros y misteriosos, poblados de esbeltos pinos cuyos vértices se inclinaban suavemente hacia los abismos al ser besados por el viento, y brocados con ríos argentinos que cascabeleaban al paso de las carretas. Las nubes amarillas y anaranjadas del horizonte contrastaban con el intenso violeta del cielo cuando, al cabo de varios días de viaje, nos detuvimos en el lugar donde antaño habían vivido los Min bajo la protección de los strigoi Drăculeşti. Los gitanos mayores se echaron a llorar y gritar, bajando de las carretas para besar el suelo o extender los brazos hacia el firmamento, reconociendo el que había sido su hogar en tiempos de buenaventura, pero también recordando la asolación a la que habían sido sometidos por parte de los tíos de Jimin. Las montañas del diablo estaban llenas de oro y cubiertas de sangre inocente que reclamaba un precio que jamás podría ser pagado. Sin embargo, la naturaleza parecía haber borrado la huella tanto de los buenos tiempos como de los malos: donde una vez se habían sostenido pequeñas casas ahora había roca cubierta de abundante hierba fresca, y el arroyo donde una vez habían resonado las risas de los pequeños gitanos ahora contenía los murmullos de los espíritus de las aguas. Nos hallábamos en las faldas de los Cárpatos del sur, no muy lejos del castillo Poenari que Vlad El Empalador había convertido en fuerte siglos atrás, parte del cual, sin embargo, se había deslizado hasta el río Argeş hacía unos años, por lo cual la estructura se hallaba en ruinas. Los Min, acostumbrados a ser desplazados de sus asentamientos tras su huida hacia las colinas de Vršac, instalaron su campamento pronto y sin dificultad al tanto que Jimin, fuerte y veloz, armaba una tienda para El y Yuh-jung, quienes ya se habían hecho grandes amigas, y otra para nosotros dos más arriba entre los árboles, de modo que los lobos pudiesen circundarla sin atemorizar demasiado a los demás. La dicha de los Min al enterarse de que el tío de Jimin había sido capturado solo podía compararse con la que experimentaron al saber que al fin podían regresar a las montañas del diablo precedidos por su guardián, quien pronto sería proclamado Dracul, sucediendo así oficialmente a su padre. Sin embargo, era menester hallar a Min Yoongi, el único capaz de confirmar la legitimidad de Jimin por medio del molde original del sello del dragón. A diferencia de las ocasiones anteriores, Jimin se había mostrado benevolente con los gitanos, quienes solo se atrevieron a dirigirse a mí como intermediario, pues aún le temían demasiado. Sin embargo, aquel temor parecía estar unido a un amor particular hacia los Drăculeşti que los habían hecho sus aliados y protegidos. Era el primero de noviembre de 1892 y al cabo de unas noches se renovaría el antiguo pacto de alianza entre gitanos y strigoi, pues un pequeño Min cumpliría los cuatro meses de edad. Aunque de ningún modo me entusiasmaba volver a atestiguar la escena del

cordero empalado, reconocía para mis adentros que no era muy distinto a sorprender a Jimin cazando con la manada. Aun así, saber que me hallaba en los declives montañosos sobre los cuales, según se rumoraba, se habían izado las estacas en cuyos ápices se desangraban los enemigos de Vlad III, hacía que todo aquello adquiriese un tinte siniestro. A pesar de lo anterior, me embargaba un sentimiento de euforia al contemplar el brillo cercano de la luna creciente aquella brumosa noche junto a Jimin, cuya mirada oscura hacía latir mi corazón con fuerza. Todos llevábamos gruesos abrigos de lana y pieles para resguardarnos del frío, y varias hogueras habían sido encendidas en el campamento. De camino hacia la montaña, Jimin había comprado dos cajones llenos de botellas de ţuică en una granja rumana con la intención de que todos celebrásemos el fin de una era perversa y el inicio de una tan esplendorosa como el sol de oriente. Mientras Jimin cazaba en el bosque con la manada, algunos gitanos asaban pescados que habían atrapado en el arroyo, y Yuh-jung, El, Taehyung, HyeBin, su abuela Violca y yo charlábamos sentados en torno a una fogata, brindando con ţuică mientras la cena estaba lista.

—¡Te dije que te casarías con un apuesto moreno! —afirmó Violca, señalándome con el dedo índice al tanto que elevaba su copa de madera —¡Salud por mí y por haber logrado espantar tu mala suerte! —El, Yuh-jung y yo rompimos a reír cuando HyeBin tradujo al štokavski lo que la abuela había dicho en romaní, uniendo nuestras copas a la suya y sin comentar nada, pues les había contado durante el viaje que la gitana me había vaticinado una boda con un chico rubio, pero no deseábamos avergonzarla.

—¡Aquella noche en las colinas de Vršac realmente creímos que el joven Drăculea te devoraría, no que te haría su pareja! —dijo Taehyung, rotando una cesta que contenía pescaditos asados.

—Yo también —reí, tragando un bocado de la deliciosa comida fresca —Pero el amor verdadero trasciende la necesidad de aplacar el hambre y la sed. Así que brindo por el él. ¡Salud!

—¡Por el amor! —corearon los demás.

—Estás muy guapo, Jungkook —dijo HyeBin —Si tu marido no fuese el futuro Dracul, estoy segura de que Vernon no podría resistirse a invitarte a bailar al fin —Observé al vivaz gitano de cabellos rubios que tocaba el davul con tanta gracia junto a una de las hogueras vecinas y sonreí recordando la ocasión en que mis amigos Min habían ofrecido interceder por mí ante los ancianos para que me permitiesen casarme con uno de los suyos. Al final había conocido a mi único amor en el momento perfecto gracias a las circunstancias extraordinarias de la noche en que HyeBin y Taehyung se habían atrevido a invitarme a su campamento. No habría cambiado aquel suceso por nada del mundo.

—Estoy seguro de que aún podemos bailar —reí, chasqueando los dedos al compás de la alegre música y preguntándome si los sutiles cambios en mi apariencia se debían a mi nueva condición de strigoiacă o a la felicidad de estar junto al hombre que amaba —Siempre me gustó la idea de hacer parte de su gran familia y, ahora, en cierto modo, lo soy. Recuerden, sin embargo, que me convertí en su amigo incondicional desde que los conocí en Dobro y no a través de un pacto que involucra una oveja empalada.

—Lo cierto es que todos te estamos profundamente agradecidos por haberte interpuesto entre el infante y los lobos aquella noche —dijo Taehyung —Eres un hombre de corazón valiente, digno de

un Dracul. Todos saben que nadie puede amar tanto a su pareja como un strigoi. Se dice que algunos, incluso, han muerto de amor.

—¡Qué romántico! —dijo HyeBin, sirviéndose más ţuică.

—¡Y que lo digas! —replicó El con sorna, arqueando una ceja.

—Por suerte, la maldición de los strigoi Drăculeşti se ha roto —dije, pensando en que ahora yo también era un strigoiacă y, por ello, habría podido morir de amor tan fácilmente como Jimin.

—Una cosa es la maldición y otra cosa es la naturaleza —dijo Yuh-jung, quien ahora lucía toda una nueva dentadura de oro, cómodas botas y un hermoso chal colorido alrededor del cuello. Eso, sumado a los zarcillos que adornaban sus enormes orejas y la trenza de cabellos blancos que colgaba hasta el piso, hacía que pareciese una abuela gitana —El amor de mi hijo solo puede hacerse más fuerte e intenso con el tiempo. Y, porque, como todo lo que concierne al verdadero amor es perfecto, lo mismo ocurrirá con mi iniciado —concluyó, palmoteándome la rodilla. Sabía que todos nuestros secretos estaban a salvo con los Min, quienes de hecho admiraban la magia, y caí en cuenta de que nunca antes había estado con tantos brujos al mismo tiempo y en el mismo lugar.

—¡Por los brujos! —grité, saltando sobre un tronco caído y alzando una botella de ţuică.

—¡Por los brujos! —replicaron todos los comensales al unísono, silbando y bebiendo.

—¿Es cierto que el Drăculea puede volar? —inquirió HyeBin, con morbosa fascinación.

—Aún no he atestiguado algo semejante —repliqué, guiñándole un ojo —Sin embargo, no me extrañaría —Cuando la noche de los Cárpatos estaba más negra y fría, nosotros estábamos más contentos y tibios gracias a la animada música, la comida y la ţuică, por lo cual, inevitablemente, nos pusimos a bailar al tanto que los aullidos de la manada armonizaban los cantos de los gitanos desde lo más alto del bosque. Mientras dábamos vueltas a las tiendas y a las fogatas, El, quien estaba más risueña que en mucho tiempo, me confesó de repente que se había prendado del vecino de su prima Filipa, un viudo que añoraba la vida en el campo. Ambos nos echamos a reír, abrazándonos y chocando nuestras pequeñas copas de madera al tanto que Yuh-jung, quien nos había escuchado, recitaba un hechizo en torno a El. Solo nos retiramos a las tiendas horas después, cuando empezó a nevar. Habría aguardado despierto a Jimin de no haber sido porque estaba exhausto tras el viaje y la celebración, y las mantas que hacían las veces de colchón eran tan blandas y suaves que caí en un profundo sueño en cuanto cerré los ojos.